



1

MELANIE:

DIECIOCHO AÑOS

A veces la mente puede ser tu peor enemiga y soy la prueba viviente de ello.

No puedo más. Mi cabeza no puede más. Mi cuerpo me pide descansar y no lo puedo dejar. Corrección: mi mente no lo quiere dejar. Pensamientos, dudas, escenarios que nunca sucedieron ni van a suceder, me atormentan una y otra vez a lo largo de la noche. El insomnio quiere ser mi mejor amigo y, por más que intento para que no suceda, me termina venciendo.

El reloj a mi lado marca las diez de la mañana y creo que solo conseguí conciliar el sueño durante una hora. Si alguien llega a cruzarme, pensará que soy un zombie. Y le daré la razón.

Más escenas, momentos ficticios, productos únicos de los lugares más recónditos de mi mente recorren mi cabeza una, dos, tres, mil veces. Y cuando me doy cuenta de que no soporto más, de que no voy a volver a dormir por el resto del día, es cuando decido levantarme de la cama.

—¡Ellie, prepárate que Annie está por llegar! —Los gritos de mamá me devuelven a la realidad. Creo que el escalofrío que produce en mi columna cada vez que pronuncia ese apodo, nunca se me va a borrar...

Le prometí a mi mejor amiga que la acompañaría a comprar algo que ponerse para la fiesta “*Back To Prison*”, como los estudiantes universitarios llaman a la típica fiesta que se organiza todos los años antes del comienzo de clases. Nunca fuimos a una, pero esta vez sí porque algo cambió: el lunes comenzamos la universidad.

No voy a negar que me tiene un poco nerviosa el asunto, pero no es por los estudiantes, sé que van a ser exactamente los mismos que vi a lo largo de mi adolescencia por los pasillos de la escuela secundaria. Lo que me asusta es la exigencia, no ser capaz de adaptarme al nivel universitario. Darme cuenta de que era una alumna sobresaliente en una escuela promedio pero que mi capacidad no es suficiente para la universidad. Me intimida sentirme estúpida, inservible.

—¡MELANIE! ¡Annie ya llegó y agarró los Pop-Tarts! ¡Si no bajas ya, no quedará ninguno para ti! —Mamá sabe cómo apurarme, esas tartitas son mi perdición.

Bajo las escaleras lo más rápido que puedo y me encuentro con la típica escena de la gran mayoría de mis mañanas: Annie junto a la tostadora esperando que se cocine nuestro no-tan-nutritivo desayuno y mamá chismeando con ella sobre las novedades de la ciudad. Tienen los mejores oídos y saben todo lo que le sucede a cada uno de nuestros vecinos. Cuando están juntas, nunca pero nunca se quedan sin tema de conversación.

Annie ya está lista para ir al centro comercial. Tiene una cabellera roja envidiable que llega hasta su cintura, pecas que cubren toda su





piel y unos preciosos ojos marrones detrás de sus lentes. Creo que no conozco persona en el mundo que sepa lucir lentes con tanto estilo, solo alguien como ella puede lograrlo. Está impecable con un vestido de jean y zapatillas, mientras yo sigo en pijama con mis pantuflas de conejito. Sabemos perfectamente quién es una persona mañanera y quién no.

–¿Lista para ir de compras, Watson? –pregunta.

–Desayuno primero y compras segundo, Sherlock.

Amo compartir mis mañanas con ellas, pero me molesta muchísimo hablar antes de desayunar. Necesito una buena dosis de café para ser una persona racional y ellas lo entienden perfectamente, por lo que mamá me cede una taza y me siento lista para entablar una conversación.

–¿Ya tienes en mente algo que quieras comprar hoy? –le pregunto a mi mejor amiga.

–Un vestido rojo fuego. Hay que introducirse correctamente a la vida universitaria.

–Coincido con Annie –opina mamá–. En esta fiesta pueden conocer a muchos chicos universitarios y recuerden: no se parecen a nada que hayan visto en la secundaria.

–Mamá, primero, Annie tiene novio, recuerdas al chico alto que se llama Ben, ¿cierto? Y, segundo, vamos a ver a las mismas personas que vimos toda la vida. Ya conocemos a la gran mayoría de la ciudad. Si hubiera alguien nuevo, ya nos hubiéramos enterado.

–Sí, lo recuerdo perfectamente. Un chico encantador. Pero conocer chicos no solo significa involucrarse sentimentalmente con ellos, a veces también pueden ser buenos amigos y nunca sabes a quién puedes conocer en fiestas como estas...

–Bueno... es verdad. Podría ser... ¿Creo que ya es hora de irnos, no Annie?

–¡Sí, quiero ir antes de que las tiendas se llenen!

–Perfecto, me visto y nos vamos.

Luego de más de dos horas en el centro comercial, todavía no encontramos el vestido de Annie. Un millón le quedaron genial, pero insiste en que debe ser “perfecto”, “el indicado”. Está nerviosa porque es la primera vez que va a una fiesta universitaria y quiere lucir increíble ante los amigos de su novio, Ben. Él es un año más grande que nosotras por lo que ya tiene experiencia en estas fiestas y le dijo a Annie que ya era momento de presentarle a sus amigos. Los conocemos de vista, como al resto de la ciudad, pero es la primera vez que va a hablar con ellos y quiere que su novio se sienta orgulloso de ella, más de lo que ya lo está.

Ben es un chico increíble, muy dulce y la trata como una princesa. Está superenamorado, la mira como si fuera un cachorrito. No hay dudas de que, haga lo que haga, va a estar orgulloso de Annie. Sin embargo, ella muchas veces no se da cuenta de cuánto él la ama y cree que tiene que hacerlo sentir orgullo. No es consciente de que lo tiene comiendo de la palma de su mano. Hacen una pareja adorable.

Pasamos por ciento cincuenta mil locales más hasta que me detengo en uno. La vitrina expone un vestido negro hermoso. Es de un corte clásico pero delicado, corto hasta un poco más arriba de las rodillas, con un leve escote, pero nada muy profundo, y con brillos que decoran toda la tela en forma de constelaciones. Parece una galaxia. Annie se detiene y me mira:



–Es perfecto para ti, ¿por qué no te lo pruebas?

–¿Dices que lo haga? Tengo otros vestidos en casa y...

–¡Shh! –me calla–. Esta es una ocasión especial y nunca te das tus gustos. Este vestido pide que te lo pruebes, te quedará increíble.

–Bueno, sí... Tienes razón. Pero si me queda horrible, lo aceptarás y lo dejaremos, ¿bien?

–No creo que suceda, pero acepto.

Una vez dentro de la tienda nos envuelve un aroma a flores muy dulce. El local no es muy grande ni muy pequeño, lo suficiente para la cantidad de vestidos que tiene. Saludamos a la vendedora, le pedimos el vestido y me indica un probador. Cuando me lo pruebo, no puedo negar que se ajusta a mi cuerpo perfectamente. No me queda corto, cosa que rara vez sucede con mis largas extremidades, y tampoco me aprieta. No soy muy pequeña, mido un poco más que el promedio, pero tampoco soy demasiado alta. Muchas veces me cuesta encontrar vestidos que me hagan sentir delicada como las demás chicas y no demasiado apretada o que no me hagan parecer una señora del triple de mi edad.

Una vez fuera del vestidor, Annie me observa con su boca abierta.

–Te lo tienes que llevar –me dice–. Y no es una sugerencia, es una obligación.

–Me queda bien, ¿no? –le respondo sintiéndome un poco más segura con su apoyo.

–¿Estás de broma? ¡Luces increíble! Pareces una modelo con esas piernas y resalta tu cintura. Te lo llevas o te lo llevas, no hay otra opción.

Antes de ir a pagar, Annie decide ver vestidos en el local por si encuentra uno para ella. Mientras, me siento en una silla junto al

escaparate a esperar. Chequeo mis redes sociales, pero nada muy interesante aparece: una pareja celebrando su aniversario, una compañera de la secundaria adoptó un cachorrito adorable, algunas noticias sobre el aniversario de la ciudad dentro de unas semanas... lo típico.

De repente, siento un movimiento por el rabillo del ojo. Un chico del otro lado de la ventana se agacha para atarse los cordones. Levanta la cabeza y lo veo. Es alto, muy alto. Tiene un gorro de lana negro, unos ojos azules preciosos y una cicatriz atraviesa un lado de su cara, desde un poco más arriba de la ceja izquierda hasta cerca de la oreja del mismo lado. Me detengo en la marca demasiado tiempo, siento que alguna vez lo vi, pero no estoy segura. Se levanta demasiado rápido para que lo pueda asociar con alguna cara conocida. Sé que él también me vio, pero no sé si me reconoció. Me hubiera saludado si me conociera, ¿no?

–¿Qué te parece? –Annie se para frente a mí con un vestido rojo precioso. Es corto, de una tela brillante, con un escote en V y la espalda descubierta, bien ajustado en la cintura y más suelto al final. Luce como una estrella de Hollywood a punto de ir a alguna alfombra roja.

–Es un sí definitivo. Vas a ser la reina de la noche, te lo aseguro.

–Corrección: seremos las reinas de la noche. –Se acerca hacia mí y me abraza.

Lo dudo seriamente, pero no la corrijo. Algo me dice que esta fiesta va a ser completamente distinta a lo que esperamos.